

EL PARTIDO LABORISTA BRITÁNICO, UN MODELO DE CAMBIO ORGANIZATIVO

Por FERNANDO FLORES

Parties that not change die, and this party is a living movement not an historical monument. If the world changes and we don't, then we become of no use to the world. Our principle cease being principle and ossify into dogma

Tony Blair. *Party Conference*, 1994.

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN.— II. LA POSICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL SISTEMA BRITÁNICO.— III. ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN DE UN PARTIDO QUE SIEMPRE FUE DOS.— IV. LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRATIZACIÓN DEL PARTIDO: 1. *Cómo hacer el programa y el manifiesto electoral del partido*. 2. *Cómo controlar a los MPs*. 3. *Cómo elegir al party leadership*. 4. *El fracaso de 1983 y el hundimiento de la izquierda*.— V. DE KINNOCK A BLAIR: REVISIONISMO Y MODERNIZACIÓN: 1. *Neil Kinnock o el revisionismo desde la izquierda*. 2. *Tony Blair y el «centro radical»*.— VI. CONCLUSIONES.

I. INTRODUCCIÓN

Los partidos son organizaciones que al navegar en el turbulento mar de la política ven con dolorosa frecuencia que su casco ha envejecido y hace agua por numerosas vías. Cuando la inundación se torna preocupante suelen aparecer en escena agrias discusiones entre el capitán, que no quiere abandonar el barco (y que se hundiría con él), y aquellos tripulantes que aconsejan una parada técnica en el dique seco. El primero sabe que el barco difícilmente se hará de nuevo a la mar con él al mando del timón, consciente de que los «segundos de abordaje» no desaprovecharán la oportunidad que tal contexto y su ambición les ofrece. Como el tamaño de la avería y las probabilidades de irse a pique son argumentos discutibles, el conflicto es siempre arduo y la salida de la tormenta difícil.

Los partidos políticos —y sus dirigentes— tienen un instinto de supervivencia bien desarrollado, lo que explica tanto su resistencia a realizar cambios que puedan reflejar una imagen inestable o de crisis, como su empeño en llevarlos a cabo de forma más o menos drástica cuando la situación se hace insostenible. Sea como fuere, se trata siempre de momentos complejos, pues los intereses en juego que se confunden son muchos. Desde un punto de vista analítico, la dificultad consiste en distinguir los numerosos y constantes pequeños cambios que se producen en las organizaciones de las no tan frecuentes modificaciones profundas de *orden organizativo* que acontecen durante las etapas de verdadera inestabilidad (1).

Uno de los partidos europeos que en los últimos tiempos ha llevado a cabo una transformación de esta índole, reformulando su programa, estableciendo una nueva relación con sus militantes, reestructurando su organización, y «vendiendo» todo ello de manera convincente al electorado británico ha sido el *Labour Party*. A principios de los ochenta el partido estaba al borde del colapso, roto por dentro y por fuera, y con una imagen muy deteriorada; a mediados de los noventa la organización ya había interiorizado que el precio por mantener las esencias era único, su desaparición, y que en consecuencia sólo una adaptación pragmática al ambiente había podido evitar el desenlace fatal. La década que soportó esa adaptación llega a su culminación en 1994, momento en que el *slogan* de Tony Blair «hemos modernizado el Partido Laborista y modernizaremos Gran Bretaña» se hace sitio entre los electores que apurarán al *Labour* hasta el Gabinete.

Este artículo recoge los abatares del Partido Laborista en su transformación, subrayando dos ideas que son centrales en el estudio de Panebianco sobre los partidos políticos: en primer lugar, que los orígenes de una organización partidaria pesan de forma importante en la evolución posterior de la misma; y en segundo lugar, que el contexto vital de los partidos —jurídico, político, sociológico— los condiciona hasta el punto de transformarlos en algo muy distinto a lo que fueron en sus comienzos.

II. LA POSICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL SISTEMA BRITÁNICO

Como en el resto de las democracias occidentales, los partidos políticos son elementos centrales de la vida política británica (2), pero como en otros aspectos de

(1) Para realizar tal distinción sirva el criterio de Angelo PANEBIANCO según el cual se produce un cambio del orden organizativo de un partido cuando se modifica la configuración de su coalición dominante; el desarrollo de esta idea se encuentra en *Modelos de partido*, Alianza Universidad, Madrid, 1990, pág. 454.

(2) Sobre los partidos británicos en general, es clásica la obra de R. T. MCKENZIE: *British Political Parties*, Frederick A. Praeger, New York, 1964. Recientemente, R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, Manchester University Press, New York, 1998 (2.ª ed.). El mejor estudio sobre la organización y funcionamiento de los partidos políticos británicos a principios de siglo es el de M. OSTROGORSKI: *Democracy and the Organization of Political Parties*, Anchor Books, New York, 1964 (vol. I).

su cultura, el Reino Unido presenta en este caso singularidades destacables. Para enmarcar las diferencias con sus homónimos continentales y comprender mejor su funcionamiento quizá sea pertinente indicar, de entrada, dos notas que los definen:

En primer lugar, los partidos políticos británicos están profundamente determinados por el sistema parlamentario en el que actúan. El Partido Laborista es el único de los «grandes» cuyo origen es extraparlamentario (se crea por los sindicatos, precisamente para asegurar su presencia en el Parlamento), pero precisamente, uno de los rasgos que desde su origen lo caracterizan es la creencia en la primacía de la acción parlamentaria (3). De esta forma, la función de los partidos en Gran Bretaña es, como se verá en seguida, «formalmente auxiliaria», pues son el Parlamento y el Gabinete los verdaderos cimientos del sistema (4).

En segundo lugar, aunque a estas alturas nadie pone en duda su influencia desde finales del siglo XVIII en la vida política británica, es sabido que los partidos políticos carecen de regulación que los defina, les atribuya funciones o los limite. En el Reino Unido el Derecho constitucional está más integrado en la historia político-social y la práctica jurisprudencial que en las leyes escritas; por ello, puede decirse que existe una «constitucionalización» de hecho de los partidos políticos, pero un desconocimiento total de los mismos por parte de las normas escritas (5).

Desde los años treinta la política inglesa se ha caracterizado por la alternancia en el gobierno de dos partidos disciplinados, con programas bien configurados y una base electoral bastante fiel (6). No obstante, aunque Laboristas y Conservadores difieren por su origen ampliamente en sus bases sociales y organizaciones formales, han sido moldeados por el sistema político en el que operan de una forma no muy

(3) Véase R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, op. cit., pág. 99.

(4) G. NEGRI: *Il leader del partito anglosassone*, Giuffrè, Milano, 1958, pág. 9. Sobre el Parlamento inglés es clásica la cita de L. JENNINGS: *Parliament*, Cambridge University Press, Cambridge, 1957; del mismo autor, *Cabinet Government*, Cambridge University Press, Cambridge, 1959. Para la relación ejecutivo-legislativo puede consultarse H. MORRISON: *Government and Parliament*, Oxford University Press, London, 1959.

(5) Formalmente, ni la legislación electoral, ni los reglamentos de las Cámaras, ni la Constitución no escrita contienen formulación alguna sobre los partidos. Véase G. NEGRI: *Il leader del partito anglosassone*, op. cit., pág. 3. Manuel RAMÍREZ indica como parte del proceso de reconocimiento de los partidos en Inglaterra la *Ministers of the Crown Act*, de 1937, que regulaba el salario del líder en la oposición; la *House of Commons (Redistributions of Seats) Act*; la *Electoral Registers Act* y la *Representation of the People Act* (las tres de 1949); en «Los partidos políticos en la Constitución española de 1978», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 13, 1979, pág. 52. Se trata, en cualquier caso, de normas que en ningún caso hacen referencia directa a los partidos.

(6) El bipartidismo inglés se ha visto matizado por la concurrencia de otros partidos de menor relevancia, como el Liberal. Tras la Segunda Guerra Mundial, siguiendo la tendencia extendida en las democracias occidentales, las posiciones políticas de los dos partidos dominantes se han ido acercando. Sobre la tendencia británica al bipartidismo, I. JENNINGS: *The British Constitution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966, pág. 62. Sobre la «tendencia multipartidista» que aparece en 1974 y la «restauración del sistema bipartidista» en 1989, véase el planteamiento de R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, op. cit., págs. 11 a 30. Los recientes resultados de mayo de 1997 vuelven a dar protagonismo a los Liberales, que han alcanzado un 9,3 por 100 de los votos.

diferente. Así, ese marco político ha formado la figura del líder de forma muy similar en ambos (7).

Por lo que a este trabajo interesa, el plano de la estructura y funcionamiento interno del Partido Laborista, puede asumirse que la esencialidad del Parlamento en el sistema ha provocado, como en el Partido Conservador, que su centro de poder quede situado en el *leader* y en el grupo parlamentario. Esto ha provocado, consecuentemente, que el partido-organización o componente «extraparlamentario» del partido pase a un relativo segundo término, como elemento de apoyo más que de impulso, sobre todo cuando se halla en el gobierno. Desde esta perspectiva, «los partidos británicos nunca han practicado un modelo de participación interna, de los afiliados, definible como *democracia interna*» (8). Como veremos más adelante, esta nota es especialmente delicada en el Partido Laborista (pues el poder de los sindicatos no puede obviarse) y se muestra esencial para comprender toda su evolución organizativa, fundamentalmente los intentos del partido-organización, a principios de los ochenta, de controlar el grupo parlamentario.

Además de los ya indicados, otros dos factores configuran la peculiar trascendencia de los partidos británicos. Por una parte, el sistema electoral mayoritario uninominal a una sola vuelta, que exige una buena organización y una gran disciplina en los electores. De otro lado, un Gabinete fuerte, casi investido por el pueblo, fruto de la transformación del gobierno parlamentario «clásico» —que se apoyaba sobre los poderes legislativos de la Cámara y sobre los parlamentarios— en un *gobierno de partido*.

Ambos elementos, el sistema electoral de mayoría relativa y el fortalecido *cabinet government*, conformadores del «modelo Westminster» (9), obligan a los partidos, si quieren tener opciones para llegar al gobierno, a una férrea disciplina interna y una fuerte centralización de sus decisiones (10).

De esta forma, los partidos británicos asumen en su estructura organizativa interna la centralidad del Parlamento. El partido que sustenta al Ejecutivo la asume por la responsabilidad de su función: gobernar; y el que está en la oposición porque,

(7) S. H. BEER: «Great Britain: From Governing Elite to Organized Mass Parties», en S. NEUMANN (ed.): *Modern Political Parties*, University of Chicago Press, Chicago, 1956, pág. 55.

(8) O. MASSARI: «I partiti politici in Gran Bretagna tra organizzazione interna e modello Westminster», en *Quaderni Costituzionali*, a.II, núm. 1, 1992, pág. 109.

(9) La descripción del modelo de Westminster (su esencialidad es el dominio de la mayoría), en comparación con el modelo de democracia de consenso, la encontramos en A. LIIPHART: *Las democracias contemporáneas*, Ariel, Barcelona, 1991 (2.ª ed.), págs. 22 a 35.

(10) La disciplina británica es un clásico que no disminuye su encanto con respecto a los partidos. Las graves competencias de los *whips* han permanecido, así como los severos códigos de disciplina partidaria. La bibliografía sobre el tema es abundante: además del trabajo de MCKENZIE, puede consultarse el de R. J. JACKSON: *Rebels and Whips (an analysis of dissension, discipline and cohesion in british political parties)*, Macmillan, London, 1968; P. NORTON: *Conservative Dissidents: Dissent Within the Parliamentary Conservative Party, 1970-1974*, Temple Smith, London, 1978, y más recientemente R. LEACH: *Turncoats: Changing Party Allegiance by British Politicians*, Aldershot, Dartmouth, 1995.

por su vocación de poder, se ve obligado a reflejar en su seno las instituciones políticas (primer ministro-*leader*, gabinete-*shadow cabinet*).

Massari ha indicado que el tipo de relación que liga a los partidos a la democracia y las instituciones no pasa, fundamentalmente, por su organización y funcionamiento democrático, sino por la relación democrática con las instituciones y los ciudadanos. Es una democracia «entre partidos» —que proponen programas alternativos según una «lógica mayoritaria»—, no «del interior de los partidos». En su opinión, éstos se organizan más como *instrumentos del gobierno* que como canales de representación (función principal de los partidos en los sistemas multipartidistas): su función es gobernar, no sólo representar (11). Sin embargo, como demuestra la evolución del Partido Laborista, en el desarrollo del sistema de partidos británico aparece una constante: el debate sobre la democratización de sus actitudes y estructura aristocráticas. En este sentido, por una parte, a través de los años la participación popular en la elección de candidatos ha aumentado considerablemente; de otra, el poder de los órganos centrales en la «proposición» de los candidatos permanece casi inalterada; los afiliados los escogen pero no los proponen, lo que muestra la gran diferencia con el sistema americano, y el «a medio camino» del sistema europeo continental.

En cualquier caso, lo que precede no puede fundamentar la idea de que nos encontramos ante partidos organizativamente totalitarios, aunque sí muy disciplinados. Tampoco debe dar la impresión de inmovilidad o estancamiento del sistema, pues el modelo británico no carece de críticos que miran con buenos ojos vías de democratización interna. De hecho, han habido tentativas de mejorar la democracia interna en los partidos, algunas con éxito. Por ejemplo, desde 1965 el *leader* del partido conservador se elige formalmente por el grupo parlamentario (hasta ese año su elección carecía de regulación y publicidad); si bien quedan intactas otras importantes prerrogativas, como la de la absoluta libertad en la elección de los miembros del *shadow cabinet*. De otra parte, y como vamos a ver a continuación, el *Labour Party*, más sensible a la evolución organizativa y a su democratización interna, viene desarrollando desde mediados de los ochenta una transformación democratizadora, últimamente en perjuicio de los sindicatos.

Puede concluirse, pues, que el modelo jurídico-político británico obliga a adoptar una perspectiva original en el análisis de la organización interna de los partidos. El criterio aplicable no debe ser sólo su estructura y funcionamiento interno, sino también la relación electorado-partidos-instituciones (12). Si las decisiones del partido-organización «no pueden» colisionar con la regla de la «democracia responsable» inherente al «modelo Westminster», entonces el legislador debe abstenerse de exigir lo que el propio sistema impide (un poder acentuado de los miembros del partido). A cambio, se fortalece la posición de los electores.

(11) O. MASSARI: «I partiti politici in Gran Bretagna», *op.cit.*, págs. 110 a 112.

(12) *Ibidem*, pág. 121.

III. ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN DE UN PARTIDO QUE SIEMPRE FUE DOS

En 1844 un pequeño grupo de trabajadores ingleses creó en Rochdale, Lancashire, una sociedad cooperativa que daría lugar al movimiento sindical británico y que sería el marco del origen de lo que hoy conocemos como *Labour Party* (13). Éste tuvo su antecedente inmediato en el *Labour Representation Committee*, creado en el 1900 por los sindicatos y tres organizaciones socialistas —la *Fabian Society*, el *Independent Labour Party* y la *Social Democratic Federation*— (14), para asegurar «la representación de las opiniones de la clase trabajadora por hombres que asumen las demandas y objetivos de las corrientes laboristas» (15), y que adoptó el nombre por el que hoy lo conocemos seis años después.

El origen sindical del Partido Laborista ha influido decisivamente en su desarrollo y evolución posterior, confirmando la idea de Panebianco según la cual la «manera en que se reparten las cartas», así como los resultados de las diversas partidas que se juegan en la fase originaria del grupo político que se convertirá en partido, condicionan la vida de la organización a decenios de distancia (16). Producto de su origen, el Partido Laborista se ha configurado históricamente como la unión de dos tendencias: una, más pragmática, «socialdemócrata», asociada fundamentalmente al liderazgo de los sindicatos y del grupo parlamentario; otra, más «progresista», más izquierdista, legitimada en el apoyo de las bases de los *constituency parties* (los partidos de cada circunscripción) (17); pero ambas con un objetivo común, alcanzar la mayoría parlamentaria para mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora. Desde esta perspectiva, el Partido Laborista habría sido, al menos hasta hace poco tiempo, una singular «alianza de dos» —si bien ha sido el ala moderada la que habitualmente ha dominado el partido (18)—, lo que en el resto de Europa serían socialdemócratas y socialistas.

(13) Sobre el origen y evolución del Partido Laborista pueden consultarse, entre otros, M. BEER: *History of British Socialism* (2 vols.), Allen and Unwin, London, 1921; H. PELLING & A. J. REID: *A Short History of the Labour Party*, Macmillan, London, 1996 (11.ª ed.); C. F. BRAND: *The British Labour Party*, Hoover Institution Press, Stanford, California, 1974, o G. FOOTE: *Labour Party's Political Thought*, Croom Helm, London, 1985.

(14) Para conocer la naturaleza y antecedentes de cada uno de estos grupos, H. PELLING: *A Short History of the Labour Party*, *op. cit.*, págs. 1 a 6.

(15) La cita está recogida en R. T. MCKENZIE: *British Political Parties*, *op. cit.*, págs. 456-7, y pertenece a la declaración que en 1900 los fundadores del Partido realizaron en el *Memorial Hall meeting*. En concreto, para la creación y mantenimiento del partido independiente los sindicatos fueron «estimulados» por una serie de resoluciones judiciales que amenazaban su posición en el sector industrial; véase L. MINKIN: *The Labour Party Conference*, Manchester University Press, Manchester, 1978, pág. 3.

(16) *Modelos de partido*, *op. cit.*, pág. 17.

(17) H. WAINWRIGHT: *Labour. A tale of two parties*, The Hogarth Press, London, 1987, págs. 10 y 11. PANEBIANCO habla del «problema de identidad» en el origen del *Labour*, que se ha manifestado en su factionalismo y el carácter poco cohesionado de la organización, *Modelos de partido*, *op. cit.*, págs. 178 y 179.

(18) R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, *op. cit.*, pág. 99.

Hasta 1918 el partido fue un mero instrumento en manos de los sindicatos, que lo utilizaban como grupo de presión en la Cámara de los Comunes, pero que no lo concebían como candidato a ejercer un gobierno para todo el pueblo; sin embargo, la ampliación del voto de ese año habría de provocar un giro de ciento ochenta grados en este estado de cosas. En efecto, la *Representation of the People Act* extendió el derecho de voto a todos los varones mayores de veintiún años y a todas las mujeres (por primera vez) mayores de treinta, lo cual repercutió directamente en la organización, aspiraciones y programa del Partido Laborista, que a partir de ese momento aspiró al Gabinete y a ejercer sus competencias en beneficio de toda la nación (19).

No obstante, que el *Labour Party* fuera hasta 1918 una herramienta de la política sindical no significó que los representantes en la Cámara recibieran gustosamente instrucciones procedentes del exterior, pues la teoría burkeana de la independencia del parlamentario no distinguía colores entre sus adeptos. Desde el principio la mayoría de miembros del partido en el Parlamento (MPs) se negaron a recibir instrucciones de la *party conference* (el congreso anual del partido); así, por ejemplo, en 1907, con ocasión de la resolución del congreso que pedía la ampliación del derecho de sufragio a las mujeres, el líder del *Parliamentary Labour Party* (PLP) argumentaba que «si tal moción pretendía limitar su actividad en la Cámara de los Comunes, él reconsideraría seriamente su condición de miembro del Partido Parlamentario» Obviamente, era contrario a la moción (20).

Y es que, como ha de verse en las páginas siguientes, la historia de la democracia interna del Partido Laborista ha pivotado siempre en esa tensión de dependencia entre, por una parte, el líder y el partido parlamentario y, por otra, el extraparlamentario y los sindicatos. Las organizaciones sindicales desconfiaron desde el principio de la posibilidad de crear un líder sólido en la Cámara, y si lo tenían sólo era a efectos funcionales; sin embargo, el peso de un sistema cuya institución central era el Parlamento, unido a la propia dinámica organizativa del partido, que no pudo escapar a la metálica ley que por esos años Robert Michels iba a acuñar tras su estudio del partido socialista alemán (21), favorecieron el surgimiento de un liderazgo parlamentario fuerte (22).

Durante la década de los años veinte el Partido Laborista se comprometió con la democracia parlamentaria y se alejó claramente de los comunistas, a los que no se permitió afiliarse ni como organización ni de forma individual. A pesar de ello, dentro del socialismo laborista permanecían las dos tendencias, la «izquierdista» (el *Independent Labour Party*) y la «derechista». La crisis de 1931 —la mayor del

(19) Por ejemplo, en la *conference* de ese año el partido incluyó por primera vez en su *constitution* (estatutos) el marco para crear organizaciones locales (*los constituency parties*) y admitió la afiliación individual.

(20) Véase R. MCKENZIE: «Power in the Labour Party: the Issue of Intra-Party Democracy», en D. KAVANAGH (ed.): *The Politics of the Labour Party*, George Allen & Unwin, London, 1982, pág. 192.

(21) R. MICHELS: *Los partidos políticos*, Amorrortu, Buenos Aires, 1969.

(22) Sobre este aspecto, puede verse L. MINKIN: *The Labour Party Conference, op. cit.*, págs. 4 y 5.

partido en toda su historia, que le hizo pasar de 288 representantes en 1929 a 52 dos años después—, mostró de forma inequívoca que la organización estaba dividida ideológicamente y que, en consecuencia, el diagnóstico interior del fracaso electoral iba a provocar lecturas diferentes, cuando no opuestas: básicamente, la discusión se centró en resolver si era o no posible alcanzar el socialismo por medios constitucionales (23).

A este difícil momento siguió una reacción impulsada por la absorción de las ideas keynesianas y de la planificación estatal y, finalmente, la vuelta al gobierno en 1945. Como ponen de relieve Garner y Kelly, la adopción y puesta en práctica desde entonces de las nuevas ideas en el ámbito económico justificaron la importancia de dos etiquetas que empezaron a «repartirse» en el partido: los socialistas (o «fundamentalistas»), partidarios de que la propiedad de los medios de producción fuera estatal, y los socialdemócratas (o «revisionistas»), que admitían una economía mixta. En los años siguientes, mientras estuvo en el gobierno o realizando la oposición, el Partido Laborista fue mayoritariamente socialdemócrata y consiguió mantener en segundo plano al ala izquierda del partido. Ésta, sin embargo, acabaría teniendo su oportunidad.

IV. LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRATIZACIÓN DEL PARTIDO

La década de los setenta, que había conocido un laborismo de política moderada —sobre todo mientras estuvo *in office*, desde febrero de 1974—, asistió en sus postrimerías a un rotundo fracaso electoral del Partido Laborista, al recrudecimiento de la batalla ideológica y de poder que en su seno se disputaba desde años atrás, y al renacimiento de la discusión sobre la democracia interna del partido; en palabras de Robert McKenzie, «la crisis interna más seria que el partido había encarado desde 1931 dio lugar a la reconsideración de un problema siempre debatido y jamás resuelto desde la creación del partido a principios de siglo: el problema de la democracia interna (24)».

Tras la derrota de 1979, el ala izquierda del partido se sintió definitivamente legitimada para exigir un cambio de rumbo en varias direcciones, y la *Campaign for Labour Party Democracy* (CLPD), movimiento interno creado en junio de 1973, adquirió una fuerza hasta ese momento impensable (25). El eje central de la reforma que ésta propugnaba habría de ser la transformación radical de la estructura de poder de la organización, pues se argüía que difícilmente podría el partido en el gobierno

(23) Una respuesta positiva puede encontrarse en S. CRIPPS: *Can Socialism Come by Constitutional Means?*, New Statesman, London, 1933; la conclusión negativa la formula H. LASKI: *The State in Theory and in Practice*, Allen and Unwin, London, 1935.

(24) «Power in the Labour Party...» *op. cit.*, pág. 191.

(25) Para un acercamiento al CLPD, orígenes, estrategia y grupos que lo conformaron, véase D. KOGAN & M. KOGAN: *The Battle for the Labour Party*, Kogan Page, London, 1972, págs. 26 y ss.

implementar sus propuestas programáticas sin una organización sólida, coherente y democrática. En realidad, la izquierda del *Labour Party* buscaba una mayor fiscalización de la organización extraparlamentaria sobre los dirigentes, los diputados, y sobre un eventual gobierno laborista, y por ello el grueso de sus propuestas se dirigieron a reforzar ese control. De esta forma se propusieron cambios en tres aspectos fundamentales de la vida intraorgánica del partido: en primer lugar se propuso la elaboración desde la base de un programa de gobierno más radical; en segundo lugar, se aplicó la reelección obligatoria de los diputados y, finalmente, se decidió la extensión del número de miembros que habían de intervenir en la elección del líder del partido.

1. *Cómo hacer el programa y el manifiesto electoral del partido*

Por lo que respecta a su programa, el Partido Laborista acabaría reconociendo, en su *Manifiesto* de 1981, haber perdido a muchos de sus seguidores tradicionales porque parte del movimiento, principalmente sus representantes oficiales y dirigentes parlamentarios, «había abandonado la estrategia de la clase obrera socialista en favor o compromiso con la estructura del poder existente». Este revisionismo habría privado al Partido de la posibilidad de un análisis social coherente y habría debilitado la credibilidad de su programa.

Hasta ese momento, la CLPD había presionado fuertemente para conseguir que la voluntad expresada por los afiliados en el congreso quedase reflejada puntualmente en el programa y el manifiesto electoral del partido. Así, además de pedir la abolición (y conseguirla) de la *three year rule* —que impedía la discusión de las políticas y reformas estatutarias aprobadas en la *conference* hasta tres años después—, la CLPD trabajó en la elaboración de un programa de gobierno más radical, pues se consideró demostrado que las propuestas atemperadas no eran necesariamente más aceptables para los electores; de hecho, el porcentaje de votos obtenido en 1979 con un programa moderado había sido el más bajo desde 1931.

Pero para el ala izquierda de la organización, la manifestación inequívoca de que el partido se democratizaba debía ser, de una parte, la elaboración del programa «desde abajo», es decir, por el Congreso anual o *conference*, y de otra, la obligatoriedad de ese programa y el compromiso para el *National Executive Committee* (NEC) y el *Parliamentary party* de incorporar al manifiesto lo más importante de él.

La prioridad de esta exigencia en las aspiraciones de la izquierda tenía una explicación. Una cláusula de la *constitution* del partido preveía que aquellas propuestas que hubieran sido votadas por más del 66 por 100 del congreso anual deberían formar parte del programa de la organización y, en su caso (si así lo decidían el NEC y la dirección del PLP), del manifiesto electoral. En la *party conference* de 1976 una resolución que proponía la disolución de la Cámara de los Lores reunió «de forma aplastante» los requisitos estatutarios para formar parte del programa y el manifiesto electoral; sin embargo, tanto esa resolución como otras de menor trascen-

dencia política fueron ignoradas en 1979 por el Gabinete del Primer Ministro, que personalmente vetó la posibilidad de abolir la Cámara Alta. La reacción de la CLPD fue una propuesta de enmienda de la cláusula estatutaria, en el sentido de hacer responsable al NEC de la inclusión en el manifiesto de los puntos con más envidia política del programa. De forma inexplicable, y por la mínima diferencia, la propuesta fue rechazada en la *conference* de 1981. Fue la única de las tres innovaciones que la izquierda no pudo llevar a cabo, aunque ello no impidió que el manifiesto que los laboristas llevaron a las elecciones de 1983 reflejara claramente el dominio que, en ese momento, la izquierda ostentaba en el partido.

2. *Cómo controlar a los parlamentarios*

A la vista del epígrafe anterior, puede apreciarse sin dificultad que existía la firme voluntad por parte de la CLPD de hacer del partido en la Cámara de los Comunes un instrumento de la organización extraparlamentaria, a imagen y semejanza de los partidos socialdemócratas continentales, y evitar que sucediera al revés, como la inercia de la política inglesa parecía imponer. Así pues, se volvió a debatir el asunto de la reelección automática de los MPs.

Ya en la *party conference* de 1974 la cuestión había sido discutida con cierta profundidad, proponiéndose que cada *constituency party* pudiera llevar a cabo una *selection conference* en cada legislatura, para decidir si retiraba su apoyo o mantenía al parlamentario elegido por esa circunscripción. La enmienda fue rechazada, y la entonces vigente *three year rule* y alguna que otra «treta» estatutaria por parte del NEC impidieron que en los años siguientes la cuestión fuera discutida; no obstante, la misma pasó a constituir una de las prioridades de la campaña de democratización del partido (26). Desde la ejecutiva y desde el Parlamento —obviamente partidarios de la reelección automática— se argüía que la posibilidad de revocar el mandato de un MPs durante la legislatura perjudicaría los derechos de éste —fundamentalmente el de una cierta seguridad laboral—, de forma intolerable; que los problemas a resolver eran muchas veces demasiado complejos y difíciles como para que, además, el parlamentario tuviera que soportar la presión de su circunscripción, y que, en definitiva, la medida podría ser fuente de profundas divisiones en algunos *constituency parties*.

En realidad, la campaña en favor de la reelección no automática de los MPs encontró una fuerte oposición, no sólo de la mayoría del Parlamento, sino también de toda la burocracia del partido y de muchos sindicatos; sin embargo, la propuesta culminó con éxito. Que los grupos más fuertes del partido no pudieran impedir su aprobación puede explicarse por varias causas: de una parte, por la desilusión y desconfianza de las bases del partido frente a unos dirigentes que, defendiendo una

(26) P. SEYD: *The rise and fall of the Labour Left*, Macmillan, London, 1987, pág. 103.

política moderada, se alejaban del espíritu de las decisiones congresuales; de otra, por el rechazo que provocó la constante utilización fraudulenta que la dirección del partido hacía de las normas estatutarias, en perjuicio de los grupos de la oposición interna y, concretamente, de los afiliados individuales, a los que sólo se tenía en cuenta por cuestiones de conveniencia; finalmente, por el impacto que produjo entre los afiliados la defensa a ultranza de un MP por parte del ala derecha del partido, a pesar de que éste tenía a todo el partido de su circunscripción en contra. El parlamentario, antiguo Ministro laborista, acabó convirtiéndose en un tráfuga y dando su apoyo al Partido Conservador (27).

Este cúmulo de circunstancias, sumado a la derrota de 1979, dieron alas a la izquierda del Partido Laborista para sacar adelante su propuesta (28) y para atacar, a renglón seguido, el tercero de sus objetivos: la elección del líder del partido a través de un nuevo procedimiento que ampliara el número de miembros que habían de intervenir en la misma.

3. *Cómo elegir al party leadership*

El congreso anual de 1976 fue el marco donde, por primera vez, se propuso de forma abierta la posibilidad de reformar el sistema de elección del líder del partido, en el sentido de ampliar el electorado llamado a decidir. Hubo que esperar hasta 1978 para que se discutieran tres posibilidades al respecto: dejar la decisión en manos del PLP, trasladar esa competencia a la *annual conference*, o crear algún tipo de colegio electoral. En el congreso de ese año las cosas se dejaron como estaban, a saber, en manos de los miembros del Parlamento.

Durante los dos años siguientes, la CLPD presionó sin éxito la incorporación en los estatutos de la tercera de las opciones, la creación de un colegio electoral que escogiese al líder. En 1980 se aprobó, por estrecho margen, una primera resolución de carácter general que asumía la necesidad de ampliar el número de aquellos afiliados que podrían elegir al líder, pero no se llegó a un acuerdo sobre el tipo de colegio electoral que habría de llevar a cabo dicha elección, pues los intereses de sindicatos, parlamentarios y partidos de circunscripción (unos para no perder mucho poder y otros para ganar el mayor posible), estaban muy enfrentados. Finalmente, la *conference* de 1981 decidió que el *electoral college* para elegir al líder estaría formado por un 40 por 100 de delegados sindicales, un 30 por 100 de delegados de los *constituency* (de circunscripción), y un 30 por 100 de delegados del grupo parlamentario.

(27) *Ibidem*, págs. 213 a 215.

(28) En 1983, 208 *constituency Labour Parties* habían llevado a cabo los procedimientos de «re-selección» de candidatos, y ocho de ellos —de los cuales siete pertenecían a la derecha del partido y sólo uno ocupaba escaño menos de diez años— fueron revocados, *ibidem*, págs. 129-130.

Esta reforma trajo consigo la posibilidad de que tanto los MPs, como las organizaciones afiliadas y los partidos locales o de circunscripción propusieran también sus candidatos, y puso de manifiesto la revolución interna que significaba la entrada en escena de la afiliación individual. En efecto, Tony Benn, con un programa indiscutiblemente izquierdista (29), quedó a menos de un punto de conseguir arrebatarse a Denis Healey (el candidato mayoritariamente apoyado por los sindicatos y el partido parlamentario) el liderazgo del *Labor Party* (30).

4. *El fracaso de 1983 y el hundimiento de la izquierda*

El giro a la izquierda que supusieron estas transformaciones internas vino acompañado de la eclosión de otros fenómenos que se habían gestado en pugna o a favor de las mismas pero que, a la postre, no hicieron más que hurgar en el desequilibrio y la imagen de un partido que aún no había tocado fondo. Uno de estos fenómenos fue la creación, en 1975, de la *Social Democratic Alliance* en el seno del Partido Laborista, grupo que acabó escindiéndose seis años después con el nombre de *Social Democratic Party*. Otro, no menos decisivo, y que obligó a Blair a realizar años después un sobreesfuerzo de «imagen de centro» en la campaña electoral que le llevó al Gabinete, fue el denominado *entryism*. Éste no fue otra cosa que el desembarco en el partido de afiliados procedentes de la extrema izquierda (comunistas, trotskistas), que formaron la denominada *Militant Tendency* (31). Su presencia fue debida tanto al ambiente radical que a finales de los setenta vivía la organización como al relajamiento en cuanto al cumplimiento de determinadas normas estatutarias que impedían que grupos con un programa y principios propios participaran en los trabajos del partido (32).

Como puede imaginarse, no todos los miembros del partido han visto de igual forma esta etapa de *apertura democrática* en la organización del partido. Para algunos, el funcionamiento de la organización obedeció, en aquella época, al en la

(29) Su manifiesto constaba de cinco puntos: compromiso con una estrategia de economía alternativa dirigida a la consecución del pleno empleo; ampliación de los servicios públicos; salida de la Comunidad Económica Europea; política de defensa antinuclear; y profundización democrática, donde de incluía la abolición de la Cámara de los Lores.

(30) P. SEYD: *The rise and fall of the Labour Left*, op. cit., págs. 133 a 136.

(31) No era la primera vez que el Partido Laborista sufría una situación parecida; véase E. SHAW: *Discipline and discord in the Labour Party*, Manchester University Press, Manchester, págs. 115 y ss.; también J. CALLAGHAN: «The Background to "Entrism": Leninism and the British Labour Party», *Journal of Communist Studies*, vol. 2, núm. 4, 1986.

(32) Como respuesta a un detallado informe interno que intentaba poner de manifiesto la estrategia de los trotskistas, el NEC acabó concluyendo que «*trotskyist ideas (could not) be beaten by disciplinary action*» (las ideas trotskistas no pueden ser eliminadas mediante acciones disciplinarias).

Sobre este aspecto se extienden P. SEYD: *The rise and fall of the Labour Left*, op. cit., págs. 161 y 162, P. WHITELEY: *The Labour Party in crisis*, Methuen, London and New York, 1983, págs. 5 y 6, y E. SHAW: *Discipline and discord in the Labour Party*, op. cit., págs. 218 y ss.

práctica nada democrático «centralismo democrático», y acabó convirtiéndose en una amalgama de activistas y grupitos extremistas conspiradores que no perdonaban una oportunidad para subvertir los procesos internos de decisión (33); para otros, simplemente sucedió todo lo contrario, un sincero intento de democratización interna obstaculizado constantemente desde el grupo parlamentario y los denominados gráficamente *mandarins* (34).

Sea como fuere, este contexto de disputas y giros bruscos de timón no favorecía ni la afiliación al laborismo, que venía cayendo en picado desde los años cincuenta, ni la creación de un ambiente de confianza entre un electorado cada vez más alejado de las ideologías. Así las cosas, las elecciones de 1983, conmovidas por el eco de una guerra —las Malvinas— que había proporcionado a Thatcher un respiro de prestigio, hundieron al Partido Laborista hasta el 27,6 por 100 de los votos, lo que suponía casi la mitad del Partido Conservador —que obtuvo el 42,4 por 100—, sólo dos puntos por encima de los Liberales, y casi diez puntos menos que las elecciones anteriores. En consecuencia, del mismo modo que el fracaso de 1979 sirvió para «defenestrar» al ala moderada del partido y legitimar a la izquierda radical, la explicación de la derrota de 1983 se fundamentó en gran parte en las reformas adoptadas en el seno de la organización, en la imagen de división y «guerra interna» que mostraba, y en el Manifiesto político presentado; y la culpa del fracaso —veredicto determinado tanto por la prensa como por el propio líder parlamentario laborista—, cayó a peso sobre el ala izquierda del partido, que pasó a ser vista desde ese momento como un obstáculo para cualquier pretensión de éxito electoral.

Así pues, hacia 1983 el Partido Laborista se encontraba sumido en graves problemas, enfrentándose a una serie de crisis que no conocía desde los años treinta. Estas crisis, que a la postre jugaron un decisivo papel en la transformación del partido tal y como lo conocemos hoy, podrían ser englobadas en tres grupos íntimamente relacionados entre sí: la crisis ideológica, la electoral, y la de afiliación, que inevitablemente profundizaron, a su vez, en una cuarta, la financiera (35).

V. DE KINNOCK A BLAIR: REVISIONISMO Y MODERNIZACIÓN

1. Neil Kinnock o el revisionismo desde la izquierda

Tras la derrota de 1983 Neil Kinnock, un «izquierdista moderado» con apoyos del centro-izquierda de la organización, asumió el liderazgo del partido. Los nueve años que estuvo al frente del *Labour Party* dieron lugar a una transformación

(33) Ésta es la posición de P. McCORMICK: *Enemies of Democracy*, London, Temple Smith, 1979. En la misma dirección A. MITCHEL: *Four years in the death of the Labour Party*, Mathuen, London, 1983, págs. 34 y ss.

(34) H. WAINWRIGHT: *Labour. A tale of two parties*, op. cit., pág. 8.

(35) Véase P. WHITELEY: *The Labour Party in crisis*, op. cit., págs. 21 a 110.

profunda del mismo, conformando el legado que ha servido a Blair para llegar al Gabinete. De hecho, parece mayoritaria la opinión de los que piensan que Kinnock será recordado no por sus malogrados intentos de desahuciar a Thatcher o a Major de Downing Street, sino por los aciertos en la dirección del partido (36).

Kinnock emprendió la tarea de modernizar la organización y cambiar la imagen del partido cimentando cuatro pilares esenciales: en primer término, el alejamiento de las asociaciones extremistas o radicales (o, por lo menos, con imagen de serlo); en segundo lugar, el fortalecimiento del poder de la dirección del partido, es decir, de su líder; tercero, la aplicación de una decidida política de crecimiento de la afiliación, y, finalmente, la consecución de profundos cambios ideológicos o de programa (37).

A lo largo de 1982 los grupos de izquierda más fuertes que actuaban en el Partido Laborista —el CLPD o el *Tribune Group*, por ejemplo—, ya estaban profundamente divididos en su seno, e incluso algunos miembros individuales habían sido expulsados (38). Por su parte, también el ala izquierda del PLP se fragmentaba públicamente, debido a disputas de organización interna más que a planteamientos de carácter estrictamente político, favoreciendo incluso la ubicación de los diputados más conservadores en los puestos relevantes del grupo parlamentario antes que llegar a acuerdos de compromiso. La imagen y la fuerza de la izquierda se desbarataba en bloque.

Así las cosas, tras la derrota de 1983, con el dedo acusador señalando a los grupos radicales, el partido de Kinnock se decidió a ofrecer una imagen más seria y profesional, y en esa dirección a luchar contra la etiqueta de *looney left* («izquierda de manicomio») que había adquirido en los últimos años y que los *tories* se habían encargado de alimentar constantemente. De entrada, se produjo un cambio del lenguaje político, menos directo y cargado de ideología, más amable, menos estresante. En segundo lugar, un buen número de militantes considerados revolucionarios fueron expulsados.

Hasta aquí Kinnock mantuvo la aquiescencia de la mayoría de la izquierda, sin embargo, el tercero de sus planteamientos, negar el apoyo explícito a políticas o acciones que «perjudicaran el interés de la nación en su conjunto», no aguantó al equilibrio cuando durante 1984 y 1985 se llevó a cabo la huelga de los mineros del carbón. Las acciones de este tipo (y envergadura) habían sido siempre respaldadas por todo el movimiento laborista, por lo que el rechazo de Kinnock a identificarse plenamente con la postura del sindicato que la impulsaba creó un enorme malestar

(36) Así lo han visto R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, op. cit., pág. 150.

(37) Para Kinnock, «los cambios (habían de) ser profundos tanto en las ideas como en la organización del Partido Laborista, pero no como fines en sí mismos, sino como elementos imprescindibles para cambiar la mentalidad del Partido», N. KINNOCK: «Reforming the Labour Party», *Contemporary Record*, vol. 8, núm. 3, 1994, pág. 536.

(38) Como los cinco miembros del Consejo Editorial del *Militant*, periódico confeccionado por el grupo del mismo nombre, P. SEYD: *The Rise and Fall of the Labour Left*, op. cit., págs. 161 y ss.

en la izquierda del partido. A pesar de ello, la izquierda más moderada sostuvo a su líder y ello le permitió, en el congreso de 1985, culminar con éxito un ataque directo al grupo *Militant*, y en los años siguientes, llevar a cabo las reformas internas definitivas.

En segundo lugar, Kinnock restauró la autoridad del líder del partido. Respaldado por el argumento electoral, consiguió el apoyo decidido de parlamentarios, miembros de la ejecutiva y sindicatos, imprescindible para luchar contra un partido dividido dentro y fuera del Parlamento. Ese apoyo le permitió, de una parte, recomponer la imagen del grupo parlamentario, tarea nada fácil pues, como argumenta Austin Mitchell, «los bancos laboristas albergan una coalición de bloques en sus asientos: trabajadores, sindicalistas, ideólogos, pedagogos, reformistas radicales, intelectuales de clase media. Colectivamente forman un partido «espinoso», inevitablemente argumentativo, implícitamente dividido» (39). De otro lado, el respaldo de los sindicatos y el NEC facilitó relativizar la presión que se ejercía desde la base de la organización; así, algunas iniciativas de partidos locales —normalmente importantes para la confección del programa del *Shadow Cabinet*—, propuestas alternativas a la política de Thatcher, fueron ignoradas o asumidas tras debilitar su alcance.

En tercer lugar, la «dura realidad» llevó a Kinnock a subrayar que una de las necesidades imperiosas del partido era extender su base electoral, y que, en consecuencia, la organización no podía ser sólo «una combinación de desposeídos, grupos minoritarios y una quimérica clase trabajadora», si es que deseaba llegar al poder (40).

Para corregir esta situación se adoptaron algunas decisiones; por ejemplo, desde 1987 se llevó a cabo un intento real de implicar a un mayor número de mujeres en el Partido Laborista. Ello se debió fundamentalmente a tres motivos: la necesidad de los laboristas de atraer el voto femenino (que vota mayoritariamente a los conservadores), la voluntad de regenerar el partido, y la intención de aumentar la representación de las mujeres en la vida pública (41). En 1989 se aumentó el número de miembros del *Shadow Cabinet*, de 15 a 18, para dar entrada a la nueva norma interna que obligaba a éste a tener al menos tres mujeres entre sus componentes, y se aplicaron cuotas para el NEC y para las candidaturas a MPs (se llegó a proponer un compromiso del 50 por 100 de mujeres en el LPL, pero la propuesta no salió adelante). Ello no ha dejado de provocar problemas jurídicos, pues si en una circunscripción se ha de escoger una candidata de una lista que «tiene que ser sólo de mujeres» (*all women short-lists area*), podría existir una vulneración de la *Sex Discrimination Act*, que prohíbe tales distinciones para el acceso a profesiones (y el acceso a la lista de la que saldrá el candidato es requisito imprescindible para poder acceder al acta de diputado, que puede considerarse una profesión).

(39) A. MITCHEL: *Four years in the death of the Labour Party*, op. cit., pág. 12.

(40) N. KINNOCK: *The Future of Socialism*, Fabian Society, London, 1985, pág. 2.

(41) Véase C. SHORT: «Women and the Labour Party», *Parliamentary Affairs*, vol. 49, núm. 1, 1996, pág. 17.

A la extensión de la base electoral se une ineludiblemente la creación de mecanismos que la hagan participar, al menos formalmente, en la elaboración de la voluntad del partido. Por ello, desde 1990 funciona el *National Policy Forum*, órgano que consiste en la reunión de 194 personas que, elegidas desde todas las secciones del Partido, se reúnen en comisiones y estudian durante períodos de dos años determinados temas, sobre los que realizan informes y conclusiones. Si en la asamblea consiguen dos tercios de los votos, pasan a formar parte del programa del partido (42).

Finalmente, el cuarto pilar que había de sustentar la transformación del partido puso sus cimientos en los cambios ideológicos. Parecía evidente que el programa-manifiesto de 1983 había sido repudiado por el electorado (43), y que consecuentemente había que reflexionar sobre los contenidos del mismo.

La mayoría de los cambios de esta índole fueron acometidos de forma gradual, fundamentalmente por dos razones: en primer lugar, porque se quiso evitar que una transformación ideológica rápida acabara por romper al partido definitivamente; así, cuando se defendieron nuevos puntos de vista, muchas veces iban envueltos por los dirigentes con explicaciones ambiguas y tranquilizadoras. En segundo lugar, porque no existía precedente en el *Shadow Cabinet* o en el PLP de instigar medidas en apoyo de ese tipo de cambios (44).

Kinnock se definía a sí mismo como un político de izquierdas, socialista y democrático, pero no socialdemócrata, y en ese sentido consideraba críticamente revisionistas a aquellos que adoptaban esta postura en el interior del partido (45); sin embargo, muchas de sus ideas no se alejaban tanto de las de aquellos que repudiaba (46). En este sentido cabe destacar el cambio de perspectiva que bajo su liderazgo se gestó frente la Unión Europea, frente a los asuntos de defensa y frente a las políticas de nacionalización (47). Se trataba, en definitiva, de una visión cada vez más dirigida hacia un capitalismo reformado que hacia un socialismo real. Ciertamente, Kinnock no estaba preparado para reconocer abiertamente los beneficios de la economía de mercado, pero ideológicamente condujo al partido hacia una transición del estado socialista a una variante europea de la socialdemocracia (48).

(42) R. GARNER & R. KELLY: *British Political Parties Today*, op. cit., pág. 191.

(43) E. SHAW: *The Labour Party Since 1979: Crisis and Transformation*, Routledge, London, 1994, pág. 29.

(44) N. KINNOCK: «Reforming the Labour Party», op. cit., pág. 536.

(45) Para él, la esencia de la social-democracia está en que entre sus intereses no figura el de la estructura de la posesión de los medios de producción, ni el cambio en el poder económico; no se define en términos de cambio social, sino de socorro social, no para erradicar la desigualdad, sino para aliviarla, N. KINNOCK: *The Future of Socialism*, op. cit., pág. 9.

(46) T. JONES: *Remaking the Labour Party (from Gaitskell to Blair)*, Routledge, London, 1996, pág. 118.

(47) N. KINNOCK: «Reforming the Labour Party», op. cit., págs. 539-540. El desarrollo completo de una concepción más flexible de la titularidad de los servicios públicos y de las políticas de nacionalización viene recogido en N. KINNOCK: *Making Our Way: Investing in Britain's Future*, Blackwell, Oxford, 1986, especialmente págs. 185 y ss.

(48) T. JONES: *Remaking the Labour Party*, op. cit., pág. 129.

El problema que no supo resolver Kinnock fue el de cómo ganar las elecciones; ni en 1987, lo que parecía consecuente con el estado aún débil del partido, ni en 1992, cuando pocos esperaban la victoria de John Major y los Conservadores. Las lecturas políticas de estas derrotas han sido numerosas, pero suelen coincidir en que los dirigentes laboristas fueron incapaces de hacer llegar de forma clara y convincente, tanto a las propias bases como al electorado en general, el calado de los cambios internos, de organización y programa, que habían venido realizando en los años precedentes (49).

2. Blair y el «centro radical»

La derrota de 1992 provocó la dimisión de Kinnock y la llegada de John Smith al liderazgo del partido. También supuso la recomposición del *front bench* laborista en los Comunes, la elección de una mujer como líder del *Shadow Cabinet* y el nombramiento de Tony Blair como *Shadow Home Secretary*.

Durante el breve período que dirigió el partido, Smith se esforzó en consolidar las políticas desarrolladas con firmeza por su antecesor, confirmó su compromiso con la construcción europea y cooptó al NEC a Gordon Brown y Tony Blair, que estaban entre sus apoyos más valiosos, en perjuicio de figuras del ala izquierda, contrarias a Maastricht. En el ámbito de la organización interna trabajó para reducir la influencia de los sindicatos, consiguiendo (por muy estrecho margen) que la selección de los candidatos parlamentarios se hiciera por afiliados individuales —*one member, one vote*—, que la fuerza de bloque sindical en la *annual conference* fuese debilitada y que los procedimientos de elección del líder y del diputado-líder fueran reformados (50). Su preocupación por la unidad de la organización hizo de él un dirigente dubitativo en lo concerniente a la forma en que había de imponerse el cambio ideológico, pero sin duda consolidó la relación pacífica que se había venido construyendo entre «tradicionalistas» y «modernizadores» (51).

Esta corta etapa había de acabar en mayo de 1994, cuando un ataque al corazón acabó con la vida de John Smith, quedando un vacío de poder que pocos meses después habría de ocupar el líder más joven que jamás conocieron los laboristas.

En efecto, Tony Blair, a sus cuarenta y un años, ha terminado siendo la imagen de un partido que, bajo su batuta, ha acelerado su modernización y se ha ocupado de mostrarse, ante todo, «moderno». Las ideas políticas esenciales de Blair estaban ya básicamente expuestas en su artículo «*Forging a New Agenda*», publicado en 1991 (52). En éste se rechaza el mito de que los laboristas pierden las elecciones por

(49) Así lo refieren K. JEFFERYS: *The Labour Party Since 1945*, Macmillan, London, 1953, pág. 128, T. JONES: *Remaking the Labour Party*, *op. cit.*, pág. 119, o H. PELLING & A. J. REID: *A Short History of the Labour Party*, *op. cit.*, pág. 177.

(50) H. PELLING & A. J. REID: *A Short History of the Labour Party*, *op. cit.*, págs. 186-187.

(51) T. JONES: *Remaking the Labour Party*, *op. cit.*, págs. 131-132.

(52) En *Marxism Today*, october 1991.

no ser suficientemente socialistas, se subraya la necesidad de continuar e intensificar los cambios en el partido, tanto en el aspecto organizativo como ideológico, se plantea la intervención pública «renunciando a los defectos» del colectivismo, se defiende la descentralización de las decisiones políticas y, a falta de confianza en el «estado socialista», se abrazan sus valores, o lo que podríamos denominar la «ética socialista» (53).

Coherentemente con sus postulados, Blair no ha sufrido empacho cuando se ha situado a sí mismo en el «centro izquierda» o, con su expresión favorita, en el «centro radical». A los que han criticado esa definición por ambigua, irreal, vacía o traidora, Anthony Giddens, el prestigioso sociólogo que presta su pensamiento político al actual Primer Ministro, contesta que «la noción del centro radical es una herejía sólo si uno cree que izquierda y derecha todavía definen todas las ideas y programas válidos en política... el centro-izquierda continúa inspirándose en los valores de izquierda, pero acepta que el socialismo ha muerto como teoría de la gestión económica y como interpretación de la historia. La diferencia residual entre izquierda y derecha consiste en que aquellos que se definen como de izquierdas otorgan más valor a las defensa de la igualdad y la democracia que la derecha, y creen que el Estado todavía puede intervenir en el fomento de éstas» (54).

Parece evidente que si los laboristas renuncian a las vertientes económica e histórica del pensamiento socialista, poco socialismo les queda. Sin embargo, aunque no es la apuesta ideológica (en sentido creador) lo que más ha preocupado a Blair —quien en principio parecía más necesitado de especialistas del mercado electoral que de filósofos que aportasen ideas— (55), en su opinión la relevancia otorgada a los valores socialistas se ha de reflejar en las políticas prácticas, y tiene la necesidad de tener razón, pues si «la batalla teórica sobre formas de organización económica ha muerto... (y es necesario) desarrollar una nueva economía del interés público que reconozca que un mercado competitivo próspero es esencial para el *individual choice*» (56), alguna diferencia de actuación sobre el terreno habrán de mostrar para diferenciarse del Partido Conservador.

No es posible incorporarse aquí al debate sobre «la verdadera identidad» del pensamiento político del actual laborismo británico (57), pero no cabe duda de que

(53) *Ibidem*, págs. 32 y ss.

(54) A. GIDDENS: «Qué es el centro-izquierda», *Debats*, núm. 61, otoño 1997, pág. 7.

(55) El alejamiento de Blair (y con él del *New Labour*) de los intelectuales de la izquierda radical queda patente en M. KENNY & M. J. SMITH: «(Mis)understanding Blair», *The Political Quarterly*, vol. 68, núm. 3, 1997, págs. 220 a 230.

(56) A. BLAIR: «Forging a New Agenda», *op. cit.*, pág. 33. Ese *individual choice* debería enmarcarse en una sociedad fuerte y unida que le diera a cada ciudadano la oportunidad de desarrollar al máximo sus potencialidades, véase J. RENTOUL: *Tony Blair*, Little, Brown & Co., London, 1995, pág. 7.

(57) Para un acercamiento actual a la nueva filosofía laborista debe consultarse, aparte de las obras del propio Blair, el trabajo de A. GIDDENS: *Beyond left and right*, Polity Press, Cambridge, 1994. Las propuestas para el nuevo Estado del Bienestar pueden encontrarse en «Nuevas ambiciones para nuestro país. Informe presentado al Parlamento británico por el Secretario de Estado para la Seguridad Social y

es algo muy diferente a lo que hasta entrados los noventa constituía la filosofía oficial del *Labour Party* (58).

Por otra parte, se estaba convencido de que los cambios ideológicos «hacia afuera» habían de tener un reflejo formal dentro del partido, una reforma que se convirtiera en la prueba de fuego que exigía el electorado para confiar en las verdaderas intenciones del *Labour Party*. Blair presentó para ello una propuesta atrevida e iconoclasta, a saber, reformar la *Cláusula IV* de la *Constitution* del partido, una empresa que Smith había tratado de llevar a cabo, pero tímidamente y sin éxito. La cláusula era controvertida pues en ella se contenía definido el propósito socialista del partido, en realidad la esencia de lo que ya había dejado de ser, pero muy importante en términos de «identidad» para un buen número de afiliados, tanto individuos como organizaciones. Sin embargo, las encuestas daban la razón a Blair (59), que además había llevado a cabo una agresiva campaña en las agrupaciones locales en favor de su propuesta; así, cuando en octubre de 1994 propuso la reforma, se encontró con el apoyo mayoritario de los medios de comunicación y una relativa oposición de algunos afiliados más o menos nostálgicos (60). La reforma, por tanto, salió adelante.

Además, Blair ha utilizado los cambios organizativos que acentúan el peso de su liderazgo y la extensión de la afiliación individual en provecho propio y en perjuicio del poder de los sindicatos. El día siguiente a su elección, Blair declaró que las organizaciones sindicales no tendrían más influencia en el siguiente gobierno laborista que los empresarios, pues «*we are no running the next Labour government for anyone than the people of this country*» (61). El grado de influencia que la transformación interna del partido, la fuerza de los militantes individuales, o las leyes conservadoras del gobierno *torie* que limitaron a los sindicatos han tenido sobre el aspecto saludable de los actuales laboristas es una variable que todavía se discute entre los politólogos y sociólogos británicos; de lo que no cabe duda es que se ha tratado de una amalgama de circunstancias bien conducidas por el actual Primer Ministro.

el Ministro para la reforma del Estado del Bienestar, a petición de S.M. (extracto)», en el monográfico *La crisis del Estado de Bienestar*, de la revista *Ágora*, núm. 1, 1998, págs. 113 a 136.

(58) En opinión de RALF DAHRENDORF: «en Gran Bretaña, buena parte de la revolución thatcherista de la competitividad está produciendo sus efectos. El nuevo laborismo es nuevo precisamente porque acepta este hecho e intenta avanzar a partir de aquí», en «Blair, el «Nuevo Laborismo» y la vieja Europa», *Debats*, núm. 61, otoño 1997, pág. 4.

(59) Según Sopel, la dirección del partido estaba preocupada por los resultados de las encuestas, que mostraban todavía bastante desconfianza en los cambios del partido, J. SOPEL: *Tony Blair: The Modernizer*, Michael Joseph, London, 1995, pág. 273.

(60) T. JONES: *Remaking the Labour Party*, *op. cit.*, pág. 140. Un seguimiento exhaustivo de la campaña para la reforma de la Cláusula IV puede hacerse en J. SOPEL: *Tony Blair: The Modernizer*, *op. cit.*, págs. 280 a 302.

(61) «Estamos preparando este gobierno para nadie más que el pueblo de este país». Discurso que recoge J. RENTOUL: *Tony Blair*, *op. cit.*, pág. 401.

Obviamente, la transformación del partido no ha sido gratis. El mayor volumen de críticas le han llovido (y la tormenta sigue) al *New Labour Party* desde su izquierda; desde esta posición se acusa a Blair de que tanto la política interna como externa del partido pueden calificarse de centralistas y conservadoras, dirigidas fundamentalmente a evitar riesgos, más que a buscar oportunidades, a controlar iniciativas más que a apoyarlas (62).

En general, la acusación a los laboristas de conservadores se justifica con la siguiente explicación: de un lado, por haber capitulado frente al programa «thatcherista»; de otro por haber adoptado actitudes e ideas tradicionalmente asociadas a una nación conservadora. Todo ello se ha traducido, desde esta perspectiva, en un cambio de política fiscal inequívocamente capitalista, en la nula reacción frente a la reforma *tory* de los sindicatos, o en el no-cuestionamiento por ningún líder del *Labour Party* del libre mercado (63). En cualquier caso, para muchos es claro que a estas alturas ya no había alternativa en el partido, pues la lucha dentro de la organización por las posibilidades de aplicar el socialismo se libró en los años sesenta; ahora habríamos asistido a la renuncia definitiva a tales posibilidades (64). El *New Labour*, desde este punto de vista, habría contribuido de forma decisiva en el creciente consenso neoliberal.

VI. CONCLUSIONES

Cuando se terminen de escribir estas líneas el Partido Laborista llevará poco más de un año en el gobierno del Reino Unido, un poder conquistado con una organización que ha cambiado su imagen (y a sabido venderla), y con un programa audaz que promete reformas institucionales tales como la descentralización y devolución de competencias, una *Bill of Rights*, la reforma de la Cámara de los Lores y la reconsideración de un sistema proporcional. Un año no es mucho tiempo para sacar conclusiones en este nivel de la política, ni por otra parte este artículo se ha redactado con ese propósito (65), pero una cosa parece clara: los laboristas todavía mantienen a un alto porcentaje de la opinión pública británica a su favor (66).

Del estudio realizado pueden extraerse algunas ideas de interés que a continuación se exponen brevemente. En primer lugar, cabe concluir que el Partido Laborista

(62) H. WAINWRIGHT: *Labour. A tale of two parties. op. cit.*, pág. 287.

(63) M. KENNY & M. J. SMITH: «(Mis)understanding Blair», *op. cit.*, pág. 221, que cuestiona el acierto de aplicar al Partido Laborista el adjetivo de «conservador».

(64) R. CROSS, S. HOPKINS: «The Socialist Labour Party and the general elections on may 1997», *Comparative Politics*, vol. 4, núm. 1, 1998, pág. 57. El artículo se dedica a comentar el nacimiento de un nuevo partido, el SLP, en la línea de Izquierda Unida o Rifondazione Comunista.

(65) Para un análisis crítico del Partido Laborista desde varias perspectivas, antes y después de las elecciones, pueden consultarse los dos monográficos de *The Political Quarterly*: «Preparing for Power», vol. 67, núm. 4, 1996, y «After the Election», vol. 68, núm. 4, 1997.

(66) Véase «The strangest Tory ever sold», *The Economist*, 2-8 de mayo de 1998, págs. 13 a 15.

ha sufrido y culminado un profundo proceso de institucionalización, entendida ésta como el convencimiento para la mayoría de sus componentes de que «el bien» para la organización tiende a coincidir con sus fines, es decir, que la organización tiene valor en sí misma (67). Para algunos, el éxito en la reforma de la Cláusula IV de los Estatutos en 1995 fue la culminación de la reforma y modernización del partido (de su institucionalización), una transformación llevada a cabo, o mejor dicho finalizada, por Tony Blair (68). Difícilmente habrá una «marcha atrás», es decir, una recuperación de la ortodoxia socialista.

En segundo lugar, puede afirmarse que los períodos que los partidos con posibilidad de llegar al poder pasan en la oposición suelen ser períodos de renovación y revitalización, de nuevas ideas y nuevas caras. A veces se trata de transformaciones superficiales, «de cara a la galería», pero a veces el votante exige algo más que un simple encalamiento de fachada. Éste ha sido el caso del Partido Laborista, al que la hostilidad ambiental (69) —traducida en un largo período de desconfianza electoral—, «le ha exigido» un esfuerzo superior de adaptación y mercadotecnia.

En tercer lugar, se ha logrado un equilibrio sólido entre el partido extraparlamentario y la organización de los MPs. Fruto de los orígenes del *Labour* y de su evolución, la tensión entre ambos cuerpos ha sido inevitable y constante, y se ha hecho necesario, en consecuencia, recomponer el mapa de poder organizativo. Así, se ha recuperado la imagen del líder fuerte y carismático, se ha reducido ostensiblemente la fuerza de los sindicatos, y se ha ampliado el número y posibilidades de participación de los militantes individuales.

En cuarto lugar, e íntimamente relacionado con lo que se acaba de decir, parece obvio que las bases de los partidos desean fervientemente mayor grado de democracia interna, tener la sensación de que intervienen de alguna forma en la toma de sus decisiones. El rechazo que entre los afiliados producen las actitudes autocráticas de las oligarquías partidarias se frena con el reparto de incentivos selectivos, pero éstos sólo pueden ofrecerse cuando se está en el poder. El hecho de que el Partido Laborista no estuviera en él, unido a la «cultura de democratización» inculcada por la izquierda en sus años fuertes, le obligaron a mostrar una apertura democrática, transformación que se ha realizado, sobre todo, en perjuicio del poder de los sindicatos.

En quinto lugar, la evolución del Partido Laborista reafirma la idea según la cual, en las complejas sociedades actuales los programas con puntos claros, concretos y radicales difícilmente pueden alcanzar la confianza de una mayoría de la población. El partido político, diafragma que une sociedad y Estado, se confunde cada vez más con éste, en detrimento de su identificación con sectores precisos de la población. En este sentido, los laboristas han suavizado su lenguaje y las propuestas programá-

(67) A. PANEBIANCO: *Modelos de partido*, op. cit., pág. 115.

(68) T. JONES: *Remaking the Labour Party*, op. cit., pág. 149.

(69) La hostilidad es una de las características del ambiente que, en opinión de PANEBIANCO, influyen decisivamente en el cambio organizativo de los partidos políticos, *Modelos de partido*, op. cit., págs. 384 y ss.

ticas, han renunciado a apoyar huelgas que perjudiquen el interés general, y han manifestado su intención de gobernar teniendo en cuenta tanto a sindicatos como a empresarios.

Finalmente, no puede dejar de indicarse la imprescindibleidad de los medios de comunicación. Sin el apoyo casi incondicional de algún medio de masas los partidos y sus líderes languidecen hasta morir. En la actualidad no es posible sobrevivir políticamente sin ellos, pues se han convertido en portavoces de los programas y detractores de los adversarios. Retornando la imagen con la que comenzaba este estudio, la prensa, la televisión y la radio pueden ser el viento que hincha las velas del barco que navega en la política, o la escollera en que haya de quedar varado hasta la decisión de un cambio de rumbo. Tony Blair y sus antecesores lo sabían y, en definitiva, su trabajo ha consistido en remodelar la estructura, darle una nueva dirección, y venderla con inteligencia y medios de información en el mercado electoral.